

## ¿Por qué decidí ser maestro? Una pregunta con infinidad de respuestas

Miguel Ángel Pérez Reynoso\*

Cuando se me planteó la pregunta de: “¿Por qué decidí ser maestro?”, para generar un texto en el marco de la celebración del Día del Maestro en la versión 2026, me puse a pensar sobre la decisión. Considero que uno no decide aislado o desligado de las decisiones que flotan en el entorno y que la decisión de uno también involucra a otros. Dicha pregunta me remite a reconstruir a través del recuerdo, la memoria y a plantearme algunas preguntas complementarias.

Soy maestro por vocación y porque egresé de dos centros de formación docente: la Escuela Normal Básica en aquel tiempo (ENJ, hoy la BCENJ) y la Escuela Normal Superior de Jalisco (ENSJ), y porque llevo en el ejercicio de la docencia una experiencia acumulada que va más allá de los 45 años en el servicio. También soy maestro por convicción, porque aquí he logrado desplegar todo el potencial de educar al lado de los demás; pero, aun así, la idea de origen no surgió de manera plena y totalmente convincente. Ser maestra o maestro se va dando en el camino y se va decidiendo sobre la marcha. La decisión de ser docente no es una decisión plena del sujeto que surja desde el primer día y de una vez y para siempre, sino de las circunstancias y del contexto en el que se vive.

Desde el origen, el arribo a la docencia está asociado con tres aspectos básicos:

1. El desplegar un estilo particular (personal) de ser profesional de la educación.
2. El ganar un lugar en el gran ejército de la profesión educativa.
3. El esperar el acierto y el reconocimiento por parte de los alumnos a mi cargo.

En este sentido, el trayecto y el recuento nos obligan a regresar a los orígenes.

Cabe la pregunta. ¿Qué soy ahora a partir del docente que quise ser después de que han pasado cuarenta años o un poco más?

En este sentido, soy de la idea de que uno no nace maestro, se hace en el camino de la docencia. Con lo que se nace es con la ilusión, con el deseo o con la inventiva de saber enseñar algo y estar al lado de los demás que lo aprenderán. En dicho trayecto, uno se va moldeando poco a poco, en el camino, porque la docencia es eso, un constante caminar por el mundo de las aulas y las escuelas, a partir de estar ahí todos los días.

Tengo el privilegio de haber trabajado en todos los niveles educativos (con excepción del preescolar, que es exclusivo de educadoras); de ahí en más he estado en todo. Desde los seis grados de primaria, tres de secundaria, dos años en el bachillerato, más de 35 años en educación superior (licenciatura, maestría y doctorado). Reconozco entonces que uno va moldeando la idea de ser docente a partir de saber estar ahí, al lado de los demás; aquí influye el contexto, los sujetos con los que uno interactúa y las exigencias sociales.

En el trayecto, trabajé en algunas escuelas rurales, apartadas de los polos metropolitanos (incluso en la formación de docentes), y esto también moldea, y va contribuyendo a configurar una forma particular de ser docente y de aprender a mirar el mundo de la educación. También en esta tarea de ser docente está la herencia de las imágenes y de las huellas de los que estuvieron antes, y de los cuales ya he hecho mención en trabajos anteriores:

- La maestra Sara de sexto de primaria, en la Escuela Urbana N° 106 “Encarnación Rosas” de la Colonia del Sur.
- El maestro Guillermo Zabalza de matemáticas, en segundo grado de secundaria en la Escuela Secundaria N° 3 P/V en la Colonia Morelos y del que aprendí lo poco que sé de álgebra.
- Las maestras tutoras y orientadoras educativas de la Prepa 5, de la UdeG (no recuerdo sus nombres).
- Y paradójicamente tengo pocos recuerdos de los docentes de las escuelas Normales: Marco Antonio Carrizales de Español, en primer año de la formación Normal.

Considero que lo que recuerdo de los otros es algo que puede estar en mí; me identifico con docentes que impactaban en clase, que tenían control grupal relacionado con la tarea, las charlas amenas y los docentes que eran contadores de historias. Siempre fui auditivo por mis dificultades visuales.

Hoy, a la distancia, regreso la mirada no a la que fui o a lo que quise ser como docente, sino al conjunto de circunstancias que se fueron conjugando para poder arribar y estar en la docencia de manera definitiva y como un proyecto de vida que no se tejió adecuadamente, pero hoy no es posible renunciar a él. Aquí está mi vida y mi vida está permeada por trabajar en educación, desde acompañar a niñas y niños pequeños hasta acompañar a adultos en el ámbito de la universidad.

El ser maestro también te transversaliza de manera obligada, es decir, hay que aprender a jugar ante nuevas circunstancias y en escenarios inéditos, incluso que no fueron imaginados en el origen. Hoy estamos ante un desencuentro generacional o el reencuentro y la fusión de distintas formas de construir y de mirar el mundo. La llegada de nuevos formatos de trabajo, la sobreburocratización de la tarea de ser docente, la amenaza de los protocolos y el asedio tramitológico, junto al hecho de que las niñas y los niños de hoy son muy distintos a la niñez que tuvimos en otra época.

Hemos pasado –como decía Castells– de una época de cambios a un cambio de época. Entonces, ante la pregunta de ¿qué circunstancias sirvieron para hacer-se y ser maestro?, no existe una sola respuesta; las circunstancias han ido cambiando, los tiempos se han hecho revoltosos y confusos, los sujetos de ahora ya no son lo que eran antes y no digo con esto que antes eran mejores.

El problema de formarte y decidir ser maestra o maestro es que no sabes cuál es la época en la que te tocará trabajar y cuáles serían las características de las niñas y los niños que estarán a tu cargo. La época de hoy es la mejor, porque es la más difícil para ser docente. O porque es ahora cuando estamos aquí pensándonos en la docencia.

Lo que quedó atrás es pasado o es memoria; el futuro que está por llegar aún no existe. Entonces estamos aquí parados, para reinventar cada día en este presente dinámico y confuso la idea de ser maestra o maestro, para vincularnos con la realidad, para apropiarnos de ella y pretender transformarla, para reinventarnos todos los días en la docencia.

No sé ni cuándo, ni cómo decidí ser maestro; lo que sí sé es que es una tarea que disfruto todos los días, que duele y gratifica a la vez, que es –como decía Joaquín Sabina cuando hablaba de su ciudad– sufrible, pero insustituible.

El ser docente es la única profesión que sirve para que uno se haga como persona, a la vez que estás contribuyendo a que los otros también se hagan a la manera que cada quien quiera o pueda.

En la fase final de mi carrera, de mi trabajo y mi incursión a la docencia, de ser formador a convertirme en formador de formadores. Éste es un espacio con nuevas gratificaciones, ya que la formación se hace de tercer nivel, cuando tú contribuyes a formar a los sujetos que a su vez se encargarán de formar a otros y otras.

En esta tarea –como decía al inicio– uno no se forma solo; aquí quiero hacer dos reconocimientos a acompañantes, colaboradores y cómplices en ciertos momentos.

A Francisco Rafael Millán Vega, el Pancholín, destacado docente, de mirada crítica, pero sencillo y callado. De él aprendí la importancia de generar y de hacer circular la palabra como recurso y como compromiso al educar-nos. Él también deja pendiente el escribir y compartir las líneas de su historia y su legado psicopedagógico.

Y otro gran personaje, Juan Campechano Covarrubias, el Campe. En la década de los noventa, con el auge de los posgrados en educación, Campechano trabajó en prácticamente todos los programas de posgrado. Aún tengo fresca en la memoria sus brillantes clases en el ISIDM, del pensar profundo y del uso del pensamiento crítico en la acción. Campechano ha sido un excelente formador de formadores.

Hay más imágenes, más recuerdos, más ideas que fluyen en este profundo pasado, pero dejo hasta aquí para seguir pensando en primera o en segunda persona. ¿Qué circunstancias sirvieron para que todas y todos nos hubiéramos convertido en docentes? Y que en este 15 de mayo vale la pena pensarnos y reconstruir nuestras historias en la docencia.

\*Doctor en Educación. Profesor-investigador de la UPN Guadalajara, Unidad 141. [safimel04@gmail.com](mailto:safimel04@gmail.com)